



XXIV DOMINGO ORDINARIO, CICLO A

Fr. David Rosenberg

<http://HopeCrossingMinistries.com>

«...¿cuántas veces debo perdonar?». Jesús respondió: "Yo te digo que no siete veces, sino setenta y siete veces.» Matteo 18,21

La parábola de nuestro Evangelio de esta semana es exclusiva de Mateo. Algo en la naturaleza humana parece hacernos sentir merecedores de misericordia, pero a menudo reaccionamos habitualmente siguiendo lo que podemos llamar "el primer impulso", de una manera negativa impulsada por el miedo, aunque sólo sea en nuestros pensamientos. Este "primer impulso" surge en nosotros del instinto primitivo de supervivencia de "luchar o huir". Cuando alguien nos "debe", como es el caso de la parábola de hoy, nuestra primera reacción primitiva es "luchar o huir". El Maligno nos tienta a atar negativamente lo que se nos debe y a utilizarlo en contra de nuestro imperativo cristiano de "...perdonar a los que nos ofenden" (véase Lucas 11:4). El Maligno utiliza lo que queda mortalmente atado para mantenernos atrapados en una espiral negativa de consecuencias pecaminosas. Una lectura atenta de esta parábola debería mostrarnos una manera mucho mejor de tratar a los demás.

En el intercambio entre Pedro y Jesús, el número siete aparece como una figura de plenitud y perfección. La antigua ley exigía perdonar sólo tres faltas. Pedro cree que está siendo generoso al duplicar ese número y añadir uno por si acaso. Jesús responde con un número de "perdones" tan enorme que significa "ilimitado". Jesús muestra a Pedro, y a nosotros por extensión, una manera de no pensar como piensan los mortales, sino como piensa Dios (ver Mt 16,23).

En la parábola, el rey es como Dios, que tiene derecho a exigir lo que no tenemos esperanza de pagar, pero que, por misericordia, perdona toda la deuda. Si pensamos que podemos tratarnos con una misericordia de menor calidad, estamos tristemente equivocados.

Es un camino mejor porque es el camino de Dios. La misericordia que fluye a través del Sagrado Corazón de Jesús perdona y acepta totalmente, a menudo sin méritos propios. El amor misericordioso y el perdón de Jesucristo son completamente gratuitos y puros. A través de la acción del Espíritu Santo podemos alcanzar una nueva "Regla de Vida" intencional para la vida diaria. Podemos rezar: "Ven, Espíritu Santo llena mi corazón con el fuego de tu amor..." y convertir los "primeros impulsos" negativos en un canal de la Misericordia de Cristo. Al practicar esta nueva regla diariamente, con el tiempo recibimos la gracia de vivir una vida de perdón y amor, aunque seamos menos que perfectos en la aplicación de esta nueva regla para la vida diaria. Con el tiempo, al vivir intencionadamente esta oración diaria, el profundo y primitivo "primer impulso" negativo se transforma en un "primer impulso" de deseo de amor y misericordia hacia los que nos han "ofendido".

Para reflexionar esta semana, sería bueno traer a la mente diariamente una nueva "Regla de Vida" que examine al final de nuestro día aquellas veces en las que no logramos transformar nuestros "primeros impulsos". Pedir perdón a Nuestro Señor, y rezar para que el Espíritu Santo nos desate del pecado, e instruya nuestra mente y nuestro corazón para recordar en cada caso un "primer impulso" de misericordia.

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá la puerta se os abrirá".

Lucas 11,9

Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo

En aquel tiempo, Pedro se acercó a Jesús y le preguntó: "Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?" Jesús le contestó: "No sólo hasta siete, sino hasta setenta veces siete".

Entonces Jesús les dijo: "El Reino de los cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus servidores. El primero que le presentaron le debía muchos millones. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer, a sus hijos y todas sus posesiones, para saldar la deuda. El servidor, arrojándose a sus pies, le suplicaba, diciendo: 'Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo'. El rey tuvo lástima de aquel servidor, lo soltó y hasta le perdonó la deuda.

Pero, apenas había salido aquel servidor, se encontró con uno de sus compañeros, que le debía poco dinero. Entonces lo agarró por el cuello y casi lo estrangulaba, mientras le decía: 'Págame lo que me debes'. El compañero se le arrodilló y le rogaba: 'Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo'. Pero el otro no quiso escucharlo, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que le pagara la deuda.

Al ver lo ocurrido, sus compañeros se llenaron de indignación y fueron a contar al rey lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: 'Siervo malvado. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haber tenido compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?' Y el señor, encolerizado, lo entregó a los verdugos para que no lo soltaran hasta que pagara lo que debía.

Pues lo mismo hará mi Padre celestial con ustedes, si cada cual no perdona de corazón a su hermano".

El Evangelio del Señor.

Te alabamos, Cristo Señor.